

DOMINGO 28° DURANTE EL AÑO (B)

¡SEÑOR! Enséñanos a vivir el dinamismo de tu Reino en el desprendimiento y el servicio.

Las palabras riqueza, bienes materiales, dinero, bienestar, economía, mercado, consumo, oferta y demanda, mercado de valores y tantas otras, son parte de nuestro mundo de referencia. De diversos modos se las refiere, llegando a creer que lo único y lo más importante de la vida. La pandemia del Covid 19 nos ha demostrado que estamos ante un mundo frágil y como todas las cosas humanas efímero. Los efectos de este fenómeno mundial no son sólo de salud, de relaciones humanas sino también de economía mundial y local. Ha quedado al descubierto que el mundo feliz del consumo frenético de bienes es tan frágil como el ser humano que habita esta tierra. No solo la pandemia sino también el inicio de los fenómenos de nuestra naturaleza herida por la irresponsabilidad del hombre nos ha dejado sin aliento. Es el comienzo. Sin embargo, seguimos creyendo que una persona exitosa, lo es “porque tiene mucho dinero”, “lo pasa muy pero muy bien”, “viaja por todo el mundo”, etc. Y entonces el tener dinero, riquezas, etc. configura un nivel social destacado, supuestamente importante. Se dice que “con dinero todo se arregla”. Incluso los padres esperan que sus retoños sean muy ricos asumiendo una profesión que les llene las manos de recursos económicos. Otros padres tienen como principio de formación de sus hijos “que no les falte nada”, frase que es tan amplia que cabe todo. Tenemos una visión materialista de la vida y somos esclavos de un sueño económico individualista, aunque no faltará el discurso social con tinte ideológico de izquierda. Se cree que los hombres de izquierda no viven ni buscan lo que sí buscan y viven los de derecha, los capitalistas. Craso error. El hombre y todos los hombres siempre han sentido un atractivo, para muchos irresistibles por el ídolo dinero, riqueza y bienes sin límite. ¿Cómo entender, en el evangelio de este domingo, la profética claridad del mismo Jesús? Este es otro aspecto central y no periférico de la Buena Noticia del Reino de Dios que, al igual que le pasó a los mismos discípulos, hoy muchos quedan sumergidos en un mar de dudas ante la palabra iluminadora de Jesús. Porque Jesús siempre dice cosas demasiado serias, pero en el tema de los ricos y el dinero quiebra todas nuestras sacralizaciones del dinero. En esto consiste la “interpelación de la Palabra de Jesús”, en provocarnos a través de una llamada, a ver de otra manera lo que para nosotros es así como lo vemos humanamente hablando. Jesús y su Palabra no viene a tranquilizar conciencias ni a silenciar la verdad de las cosas. Nos llama a humanizar la posesión y uso del dinero, de la riqueza y de los bienes materiales. No podemos prescindir de los bienes esenciales sino situarlos en el lugar que les corresponde. Son medios y no fines y se tienen para satisfacer nuestras necesidades. Es una oportunidad para revisar nuestra relación con los bienes materiales, pero de cara al valor absoluto del Reino de Dios. ¿Por qué es tan difícil que un rico entre al cielo? Porque el dinero, la riqueza y los bienes materiales producen esclavitud, oprimen y apartan del verdadero sentido que Dios quiere con ellos. Y cuando estamos apegados, dependientes, sometidos, subyugados, atrapados por estas cosas de este mundo, no podemos comprender la dinámica del Reino de Dios que es comunión, mutua

relación, compartir, contribuir al bien común, hacerse solidario. Examinemos de qué lado estamos viviendo y dejemos que la Palabra de Dios siga invitándonos a una sincera reflexión y decisión.

PALABRA DE VIDA

Sab 7, 7-11 Invoqué y vino a mí el espíritu de Sabiduría

Sal 89, 12-17 Señor, sáclanos con tu amor

Heb 4, 12-13 Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz

Mc 10, 17-30 Ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres... después sígueme

Conducidos por el evangelio de San Marcos nos internamos en los secretos del seguimiento de Jesús. El evangelio de este domingo nos pone ante una terrible disyuntiva: la riqueza o Jesús y su Reino. En términos actuales, es el bienestar económico, material o los valores del Reino de Dios. Muchísima gente se sentirá como el hombre del evangelio de hoy, muy llenos de pena y se marcharán tristes, ante la exigencia tajante de Jesús: “anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres” (v.21). Para muchos cristianos “observantes de los mandamientos y piadosos” no les viene bien esto de los pobres, les incomoda aceptar que los miserables o facinerosos del mundo tengan tanta importancia para Jesús y su Reino. Están inmersos en la “sociedad de la abundancia” donde no caben los pobres, más bien se los ignora y esconde. Lamentablemente tal visión no tiene nada que ver con la propuesta de Jesús y su Evangelio. No es extraño entonces que los mismos pobres tiendan a subir peldaños sociales y declararse de “clase media emergente”. Como si ser pobre fuese un delito y una penosa situación que hay que esconder o negar. Prestemos atención al mensaje de hoy y mirémonos en este espejo de la Palabra con mucha sinceridad.

Dejemos que la Palabra de Dios como una espada de doble filo nos ayude a iluminar el camino que estamos haciendo como miembros vivos de la Iglesia, pueblo de Dios peregrino en el mundo, dispuestos a poner en práctica la Palabra de Dios y no sólo quedarnos en la escucha.

Del Libro de la Sabiduría 7, 7 - 11

No cabe duda de que este precioso texto nos remite a la oración del rey Salomón de 1Reyes 3, 6-9.12 y son las palabras del rey que explica cómo adquirió la sabiduría. Comienza diciendo que es fruto de la oración: pidió y se le concedió la prudencia, invocó a Dios y se le concedió el espíritu de la Sabiduría. Así queda claro que la sabiduría es un don de Dios, estimado por sobre todo lo demás y frente a la cual la riqueza es nada; es superior a los tronos y cetros del poder temporal que los hombres tanto aprecian y tan afanosamente se desviven por conquistarlos. E incluso más que la salud y la belleza, hoy tan importantes para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, aún cuando ambas son tan efímeras y pasajeras. Queda en pié que lo único verdaderamente importante es la Sabiduría porque, dice el texto, “con ella me vinieron todos los bienes juntos y me propuse tenerla por luz, porque su resplandor no tiene ocaso” (v. 11). El don de Dios supera todos los bienes que el hombre anhela en esta tierra, es un regalo que nunca se merece o se gana con el esfuerzo propio. Nos está haciendo mucha falta esta manera de mirar nuestra vida para no vivir del espejismo de una

aparente felicidad que esconde el drama de nuestra condición humana necesitada y frágil. ¿No será que nos hemos envilecido con nuestra sabiduría puramente mundana y desechado la verdadera sabiduría de Dios? ¿A dónde nos conduce una vida sin trascendencia, sin un sentido más allá de nuestra vida terrena? ¿Acaso no estamos experimentando graves carencias de una auténtica humanización y espiritualidad? Por eso podemos suplicar con humildad: Señor, dame la sabiduría asistente de tu trono, para me guíe por sendas de justicia, paz y alegría.

De la Carta a los Hebreos 4, 12-13

¡Qué importante recuerdo comienza haciéndonos el predicador de esta gran homilía que es la Carta a los Hebreos! **“La Palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que cualquier espada de doble filo” (v. 12)**. Nos recuerda lo que la Escritura repite muchas veces acerca de la Palabra de Dios. No se identifica con la palabra humana porque brota del Dios vivo y porque cumple inexorablemente lo que anuncia; se la compara con una espada, en palabras del profeta Isaías 49,2, porque corta, juzga, discierne, pide cuentas, desafía, y sobre todo, salva al que la recibe por la fe. La Palabra de Dios no es una promesa o un sueño al estilo humano. Es la Palabra de Dios la que discierne los íntimos secretos, intenciones y actitudes del corazón humano. Nada se escapa a esta Palabra y es la fuerza decisiva en la historia humana, aunque aparezca frágil o sea desoída, depreciada o ignorada por los hombres. Por lo tanto, nadie debe tener en poca cosa la Palabra, es decir, a Jesús mismo que es el Verbo Eterno del Padre hecho carne en el vientre purísimo de María. Realmente Jesús es la verdadera Sabiduría del Padre que viene a este mundo a revelarnos su misterio y su plan de salvación a favor de todos los hombres. Podemos recordar una siempre hermosa indicación de Benedicto XVI cuando dice que “al considerar la Iglesia como “casa de la Palabra”, se ha de prestar atención ante todo a la sagrada liturgia. En efecto, este es el ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo que escucha y responde. Todo acto litúrgico está por su naturaleza empapado de la Sagrada Escritura...Así, la Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres” (Verbum Domini 52). ¿Qué relación tengo con la Palabra de Dios? ¿Creo lo que la misma Escritura dice de ella? ¿Dejo que la Palabra llegue hasta el fondo de mi persona? ¿Qué espacio tengo en la jornada para escuchar la Palabra de Dios?

Del evangelio según san Marcos 10, 17-30

El evangelio, Mc 10, 17-30, nos ofrece una excelente enseñanza de Jesús en este encuentro con el joven rico. No olvidemos que Jesús “va de camino” a Jerusalén y en esta etapa decisiva de su misión va instruyendo a sus discípulos. En este camino de Jesús aparece uno, del cual no se dice nada personal, salvo que “llegó corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: *“Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?”* (v. 17). Se trata de un hombre piadoso y de buena voluntad que, cuando Jesús le recuerda que el camino para alcanzar lo que busca es conocer los mandamientos, contesta: *“Maestro, todo eso lo he cumplido desde la adolescencia”* (v. 20).

Y entonces ¿qué le falta para heredar la vida eterna? Dice el evangelio: *“Jesús lo miró con cariño y le dijo: Una cosa te falta: ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después sígueme”* (v.21). Hay que prestarle atención a este gesto de Jesús: lo miró con cariño, es decir, lo acogió amablemente. No lo rechaza ni lo juzga. Siempre la llamada de Jesús tiene este elemento fundamental. Cuando llama está amando con especial predilección. No llama simplemente a cumplir una tarea, a realizar unas obras buenas; llama para establecer una relación de amistad y de cercanía con aquel que lo acoge. ¡Qué bien nos hace recordarlo! Hay tanto cristiano en el campo de la Iglesia que ya no recuerdan que han sido llamados por amor a ponerse detrás de Jesús para seguirlo. En toda llamada siempre hay una “mirada con cariño” de parte de Jesús. Y cuando esto se olvida, nuestro camino se hace estéril, repleto de renunciaciones y normas pero sin amor.

Junto a la llamada de amistad, Jesús pone la exigencia que resultó muy dura para este hombre rico. La condición sin la cual no es posible seguir a Jesús es el desprendimiento de la riqueza. No se puede servir a Dios y a la riqueza al mismo tiempo, hay que optar, hay que definirse. Lo único que le falta a este hombre rico es justamente desprenderse de su riqueza y compartirla con los pobres. Sólo así puede ser verdaderamente libre para “heredar la vida eterna” o “tener un tesoro en el cielo”. Notemos que Jesús no está hablando de un camino cristiano paralelo al común de los discípulos; es la exigencia para todo el que quiera ser discípulo suyo. Todo cristiano sabe que el primero en su escala de valores es el Señor y su Reino y que todo lo demás, incluyendo familia, riquezas, poderes, fama, prestigio, etc. son absolutamente secundarios. Un discípulo vive el estilo de vida desprendido, fraterno, servicial de Jesús.

Ante semejante exigencia el hombre echó pié atrás. Dice el evangelio: *“Ante estas palabras, se llenó de pena y se marchó triste; porque era muy rico”* (v. 22). Esto significa que las riquezas ya habían sofocado la actitud humilde y receptiva tan propia del niño que Jesús ha propuesto como imagen del discípulo, como lo recordamos el domingo pasado. Este hombre rico se aleja de Jesús y se aleja del Reino. Jesús le recuerda que la vida eterna no se alcanza sumando bienes sino restando, es necesario vender lo que se tiene hasta quedar ligero de equipaje, despojado y libre para el seguimiento de Jesús. Y con el apego a las riquezas no se entiende el gesto de confiar en Dios y compartir con los demás. El desprendimiento no se agota en renunciar a las riquezas, implica abrazar decididamente el camino de dar y darse por Jesús y por los demás.

A partir del versículo 23 Jesús abre la enseñanza sobre las riquezas y el Reino de Dios. Jesús quiebra una convicción tan fuerte en el mundo religioso y civil de la época cuando se creía que los bienes materiales eran signos de bendición divina sobre quienes los poseen. Los ricos se encontrarán con la dificultad de entrar al Reino de Dios precisamente por las riquezas. Pero ¿por qué es tan difícil entrar en el Reino de Dios? Jesús responde: *“Para los hombres es imposible, pero no para Dios; porque para Dios todo es posible”* (v.27). Es la respuesta de Jesús ante el asombro y el temor de los discípulos y su pregunta: *“Entonces ¿quién podrá salvarse?”* (v.26). El mensaje de este domingo nos está diciendo que la riqueza y la pobreza no son realidades queridas por Dios sino por las decisiones humanas de unos pocos y el aguantar de una mayoría. La riqueza destruye la

convivencia humana, encierra en un mundo separado, crea barreras y resguardos, acentúa las diferencias abismantes entre las personas, grupos y pueblos. Es un obstáculo para el Reino de Dios que se construye con todos, que busca una fraternidad universal.

Termina nuestro evangelio de este domingo con unas palabras alentadoras de Jesús ante los angustiados y sorprendidos discípulos. Es cierto que se promete una abundante recompensa al discípulo de Jesús por su desprendimiento, pero, dice Jesús, *“en medio de las persecuciones, y en el mundo futuro la vida eterna”* (v.30). En verdad, seguir a Jesús no es la panacea del bienestar ni la seguridad incontaminada; por el contrario, a quien trate de vivir honestamente el evangelio no le faltarán los sinsabores y penurias en el camino.

¿Cómo leer, comprender y vivir este evangelio del desprendimiento real en medio de una cultura de la posesión obsesiva de las cosas y de las personas? Es fundamental volver al evangelio de la libertad cristiana, aquella condición radical del discípulo de Cristo. María ha declarado que *“los ricos se empobrecen y los humildes son enriquecidos”*, que *“los poderosos son derribados de sus tronos y los pobres son elevados”*. Es la paradoja de Dios y su Reino.

Jesús no dice que las riquezas son malas, sino que ocupan y preocupan la mente y el corazón y, en ese sentido, alejan de Dios si, por decirlo así no se *“invierten”* en el reino de los cielos, es decir, si no se emplean para ayudar a los pobres, comenta Benedicto XVI. Y en esto consiste la verdadera sabiduría evangélica de la que nos habla la primera lectura de este domingo.

Hasta la próxima semana si Dios quiere.

Fr. Carlos A. Espinoza I. O. de M.